

—¡ Oh, hijo mío!—murmuraba con voz balbuciente —¿ qué mal te he hecho para que me trates así? Si tú supieras...

La palabra espiró en sus labios, y ocultando el rostro entre los andrajos con que cubría su cuerpo, comenzó á sollozar. Antonio compadecióse de ella al verla así, hizola sentar en el pórtico de San Marcos, y colocándose á su lado le dijo:

—Buena mujer, á ti te debo mi felicidad, porque sin tu auxilio no hubiera salvado al Dux ni ganado tampoco los tres mil cequíes; pero prescindiendo de este servicio, debo confesar que me inspiras un interés irresistible, tanto que, cuando trabajaba en el puerto, ganando á duras penas el pan de cada día, creía cometer una falta si dejaba de darte la limosna una sola noche.

—¡ Oh hijo mío, Tonino de mi alma!—exclamó la anciana—bien sé yo por qué experimentas ese afecto, contra el cual lucharías en vano; pero dime ¿ no tienes recuerdo alguno de una vida más feliz? ¿ Ejercías en tu infancia el oficio de faquín?

—¿ Por qué recordar el pasado?—repuso Antonio.— Mis padres eran ricos, pero no recuerdo sus semblantes ni el acontecimiento que nos separó; y hablábanme en una lengua extranjera, que también he olvidado. Cuando yo era marinero en las lagunas, mis camaradas decían, para burlarse de mí, que parecía un alemán; pero ¿ qué me importa el país donde nací, si he perdido la esperanza de encontrar á mi familia? He conservado, no obstante, un vago recuerdo del día en que fui secuestrado: la noche estaba tempestuosa y sombría; un grito de dolor y desesperación me despertó sobresaltado; toda la casa parecía trastornada; las puertas se abrían y cerraban con estrépito; una mujer que velaba junto á mi cuna arrollóme en una sábana y huyó; y á este último detalle síguese un in-

menso vacío en mis recuerdos. Más tarde hallábame en un brillante palacio, en un país nuevo: el hombre á quien me hacían llamar padre tenía el aspecto majestuoso como un príncipe; hablaba italiano, y yo aprendí á tartamudear esta lengua. Cierta día que se hallaba ausente, algunos hombres de mala traza llegaron hasta mí. «—¿ Qué haces en esta casa? me preguntó uno de ellos.—Soy Antonio, les contesté, hijo del señor á quien pertenece este palacio.» Aquellos bandidos me despojaron de mi rico traje, y sacándome fuera de la casa, amenazáronme con matarme á golpes si volvían á encontrarme. A corta distancia del palacio encontré uno de nuestros criados, y el buen hombre, cogiéndome en brazos, me dijo: «Ven, hijo mío; ya no hay para ti en el mundo ni felicidad ni bienestar; pero yo veré si con mi trabajo puedo ganar un pedazo de pan, y lo partiré contigo.» Después me condujo á su casa, pero pronto eché de ver que no era tan pobre como aparentaba, pues en el forro de su traje desgarrado ví algunas monedas de oro; y en vez de trabajar como un mísero jornalero, iba todos los días al Rialto á contratar negocios con los judíos y otros traficantes extranjeros. Yo iba siempre con él, porque me había mandado que le siguiese como su sombra; y cada vez que hacía algún negocio pedía una gratificación para su *figliuolo*, como él me llamaba. Mi belleza física inducía con frecuencia á los compradores á dar alguna moneda, que mi protector guardaba alegremente en su escarcela, diciéndome con el tono más cariñoso que iba á vestirme de pies á cabeza. El traje nuevo no llegaba nunca; pero yo no me creía muy desgraciado en compañía del anciano Blaunas. Por desgracia, estábanme reservados nuevos infortunios. ¿ Te acuerdas tú, buena mujer, de aquel espantoso terremoto que hace siete años estuvo á punto de reducir á toda Venecia á un montón de escombros? Apenas tuvimos

tiempo Blaunas y yo de salir de nuestra casa, que se derrumbó detrás de nosotros. Aquella catástrofe mató al comercio; los mercaderes desaparecieron; la ciudad quedó sumida en el luto y la consternación; pero este terrible golpe no fué sino precursor de una calamidad más terrible. La peste se propagaba desde Oriente á Sicilia con espantosa rapidez, y hacia ya estragos en Toscana. Cierta día que el anciano Blaunas acababa de arreglar dificultosamente cierto negocio con un armenio, pidióle, según su costumbre, la pequeña gratificación *per il figliuolo*; aquel hombre, especie de Hércules, velludo como un oso, fijó en mí una mirada penetrante, abrazóme y me deslizó en la mano dos cequíes, los cuales guardé cuidadosamente. Cuando volvíamos á la plaza de San Marcos, el viejo Blaunas me pidió las monedas, pero yo le contesté que las guardaría, pues el armenio las había dado sólo para mí. Blaunas se enojó, y á medida que se animaba observé que su rostro se cubría de grandes manchas de color amarillo lívido, y que su lengua, entorpecida, pronunciaba palabras incoherentes. Apenas llegamos á la plaza de San Marcos, sobrecogióle un vértigo, sus piernas flaquearon, cerráronse sus ojos, y cayó muerto al pie de la escalera del palacio ducal. Precipitéme desesperado sobre su cuerpo inerte; los transeúntes se detuvieron al oír mis gritos; pero como en medio de la multitud exclamara alguno:—¡Es un apestado!— todos huyeron poseídos de terror, dejándome solo y privado de conocimiento sobre aquel cadáver. Cuando recobré el uso de mis sentidos halléme en una gran sala abovedada, echado sobre unas esteras y apenas cubierto con un pedazo de manta; acá y allá veíanse en el suelo unas treinta personas moribundas; pregunté dónde estaba y qué se quería hacer conmigo, á lo cual contestáronme que unos caritativos monjes que salían de San Marcos, me habían conducido en

góndola al convento de San-Giorgio-Maggiore, donde los benedictinos tenían un hospicio. Mi situación era lamentable; me costó sumo trabajo concentrar mis pensamientos; y desde aquella época ya no recuerdo nada, bien porque no supiera nada positivo sobre mi origen, ó ya porque la peste paralizara mi memoria.

—¡Pobre Tonino!—exclamó la anciana conmovida—no pienses ya en el pasado; conténtate, si puedes, con el bienestar que la casualidad te depara.

—¡Ay de mí!—murmuró Antonio—quisiera hacerlo así, pero es inútil, porque en mí se agita algo que más pronto ó más tarde ejercerá en mí porvenir una influencia fatal; siéntome dominado por un deseo que eleva mi alma á través de regiones desconocidas; y ni puedo explicármele ni sustraerme á él. Cuando vivía con el penoso trabajo diario, érame fácil conciliar el sueño por la noche; me dormía después de haber rezado una oración y reposaba tranquilo; pero desde que puedo vivir ocioso, la vida aislada es para mí un suplicio; recuerdo vagamente la felicidad que rodeaba mi cuna, y me contrista mi impotencia al ver que no me es posible hallar ningún vestigio de mi pasado.

Antonio se calló; un suspiro ahogado dilató su pecho, inclinó la cabeza, como para ocultar la ardiente lágrima que abrasó su mejilla. La anciana mendiga de San Marcos, que había escuchado el relato con muestras de la más evidente agitación, exclamó de pronto:

—¡Joven loco! no vayas á dejar ahora la felicidad por el sueño... ¡Infeliz de aquel que desea demasiado!...

Al pronunciar estas palabras, se levantó de repente, entregóse á un acceso de hilaridad frenética, y comenzó á brincar en el pórtico de la iglesia, profiriendo ligeros gritos agudos. Algunos devotos que entraban en el templo arrojaron á sus pies algunas monedas, pero la anciana no las recogió, y adelantándose hacia el joven, díjole:

—Tonino, condúceme hacia el mar.

Antonio obedeció maquinalmente, cogió á la anciana del brazo, y los dos cruzaron la plaza poco á poco.

—Tonino—decía la anciana de vez en cuando, con voz grave y ronca—¿no ves manchas de sangre en el suelo?... ¡Sí, sangre es... sangre negra por todas partes! Pero ¡no temas nada, muchacho, hi, hi, hi, pues de esa sangre brotarán rosas encarnadas para hacerte la corona del desposorio!... ¿No ves allá abajo avanzar por las sendas del cielo una blanca visión de amor que te sonríe, abriendo los brazos para enlazarte como una guirnalda de lirios? ¡Esperanza y valor, Tonino! A la hora de ponerse el sol recogerás olorosos mirtos para adornar el seno de tu amada; pero los mirtos cogidos á esa hora no florecen hasta la media noche.... ¡Escucha, escucha! ¿No es ya el viento de la noche, ó la brisa nocturna la que acaricia el aire en la velada de amor, junto á las olas adormecidas?... ¡Valor, mi Tonino, valor!

Salmodiando así, la anciana había recobrado una fuerza sobrenatural y arrastraba al joven con paso rápido hacia el mar: cuando hubieron llegado á la inmediación de la columna que ostenta el león adriático, Antonio, fatigado ya por la exaltación siempre creciente de su singular compañera, y observando que excitaba la curiosidad de los transeúntes, detúvose bruscamente, y le dijo:

—Bastante tiempo he escuchado tus locas palabras y tus inexplicables enigmas; te he prometido una esclavina nueva y bastantes cequiles para que vivas largo tiempo sin mendigar: te cumpliré mi palabra, pero ahora déjame ya.

Antonio hizo ademán para alejarse con paso rápido; pero la anciana le retuvo, exclamando con acento suplicante:

—¡Un momento más, y otra mirada, si no quieres que á tu presencia me arroje al mar!

El joven se detuvo; en sus labios vagaba una sonrisa desdeñosa, y sus facciones expresaban el cansancio.

—Siéntate junto á mí—prosiguió la anciana—pues voy á revelarte un secreto.

Antonio obedeció, volviendo la espalda á su compañera.

—Tonino—prosiguió esta última—cuando me miras fijamente ¿no sientes renacer en tu memoria ninguna vaga reminiscencia de otro tiempo?

—Cien veces te he repetido—replicó el joven—que á pesar mío me atraía algo hacia ti con irresistible fuerza; mas al mirar tus ojos extraviados, tu nariz gan chuda, tus mejillas violáceas y toda tu persona hedionda y decrepita, me inclinaria á creer que eres un mal genio empeñado en perseguirme.

—¡Gran Dios! ¿Cómo es posible que puedas pensar una cosa tan atroz?... ¡Tonino, la mujer que velaba junto á tu cuna, la misma que te llevó en sus brazos durante aquella noche terrible, la que te salvó la vida con peligro de la suya era yo, Tonino!

—¿Tú?—exclamó Antonio—¿Crees tú, maldita vieja, que te has de burlar siempre de mi credulidad? Esa mujer de la cual conservo un vago recuerdo, era hermosa y joven... y no puedes ser tú.

—¡Dios del cielo! ¿seré desgraciada hasta el punto de que se me rechace así? ¡Santa Madona! ¿No haréis un milagro para que mi Tonino crea en las palabras de su fiel Margarita?

—¡Margarita!—repitió Antonio, llevándose una mano á la frente como para evocar un recuerdo...—Este nombre acaricia mi oído como el eco de un canto perdido en el espacio... ¡Margarita!... pero no. ¡Es imposible!

La anciana se mostró esta vez tranquila al observar

la ansiedad de Antonio, y continuó hablando, con la vista fija en el suelo, y cruzadas las manos sobre su muleta.

—Tonino—dijo—tú no eres de Venecia; tu madre murió al darte el sér; tu padre, rico mercader de Augsburgo, abandonó su patria, donde no quería vivir después de la pérdida de su adorada esposa, y vino á fijarse en Venecia, donde yo fui tu nodriza. Después del suceso de aquella noche fatal, que te dejó sin padre, tuve la suerte de salvarte; un patricio de Venecia te recogió, y en cuanto á mí, quedé sola y sin recursos. Sin embargo, gracias á mi padre, que había pasado su vida dedicado al estudio de las ciencias ocultas, conocia las propiedades secretas de las plantas y de los brebajes maravillosos; y el cielo, que me destinaba tal vez á ser algún día instrumento de sus inexcusables decretos, agregó á mis conocimientos maravillosos el dón de leer en el porvenir. Con frecuencia veo agitarse, como en una media tinta, las imágenes del futuro; y la fuerza sobrenatural que en tales instantes me domina, obligame á expresarme en un lenguaje extraño, cuyo sentido no puedo yo misma comprender siempre. Obedeciendo á la voluntad misteriosa que me impelia, ejercí mi arte en un barrio retirado de Venecia; algunas curaciones extraordinarias bastaron para que adquiriese en poco tiempo mucha reputación, y llegué á tener tantos envidiosos como admiradores. Los charlatanes que vendían mis drogas en la plaza de San Marcos, en el Rialto y en la Zecca pretendieron que estaba en relaciones con el diablo, y el pueblo, dispuesto á creerlo todo, se amotinó contra mí. La Inquisición intervino; sometieronme á los más espantosos tormentos para arrancarme la confesión de crímenes de que era inocente; dislocaronme todo el cuerpo con inusitado refinamiento de crueldad; mis cabellos blanquearon, y casi perdí toda forma humana. Esos

monstruos me volvieron loca en nombre del Dios que pretendían vengar, y después, cuando ya no fui en sus manos más que un esqueleto vivo, cuando me hubieron reducido á su antojo al estado de cadáver ambulante, condenaronme á la hoguera. En la víspera del suplicio, el terremoto redujo á escombros mi prisión, y huí como un espectro á través de las ruinas de palacios derrumbados. No es la vejez ni la decrepitud las que me han conducido á semejante estado; lo que me desfiguró fué el tormento; y á él debo también esos accesos de locura que inspiran más horror que compasión... Y ahora, Tonino, ¿rehusarás creerme? ¿No tendrás una palabra compasiva para la infeliz Margarita?...

—¡Pobre mujer!—exclamó Antonio;—sí, algo me dice que has hablado la verdad; pero es preciso que me digas cuanto sepas de mi padre. ¿Quién era? ¿Cómo se llamaba? ¿Qué acontecimientos nos han separado? Puesto que sabes leer en el secreto del porvenir, quiero que me des á conocer también esa influencia que domina mi vida y me abruma sin cesar... Habla pues, Margarita, porque ardo en deseos de saberlo todo...

—Más tarde, Tonino, más tarde—murmuró la anciana;—mas por lo pronto, si quieres evitar una irreparable desgracia, y si crees en mi palabra, no vayas al *Fontego*...

Al oír estas palabras, impacientado el joven, levantóse de pronto, exclamando:

—Ya veo que has perdido el juicio, y á fe que al escucharte soy tan loco como tú. Te daré una esclavina nueva y te llenaré ambas manos de monedas de oro; pero al menos no me molestes más con tus historias...

Algún tiempo después hizose público en toda la ciudad el casamiento del Dux con la hermosa Annunzia-

ta: aquel anciano decrepito, adornado con su corona, ofrecía un singular contraste con la delicada joven que la ambición de Bodoeri le había entregado. Todas las seducciones de la magnificencia rodeaban á la encantadora doncella; pero fuera de estos esplendores, que acariciaban dulcemente sus deseos de niña, el matrimonio seguía velado para ella por un púdico misterio; amaba al Dux con respeto, con veneración, y no sospechaba aún que pudiese existir en el mundo otro sentimiento. Los jóvenes patricios de Venecia, convidados á las fiestas del palacio ducal, disputábanse sus miradas y sonrisas, y todos los días tributábanla nuevos homenajes: la joven miraba y sonreía, pero su corazón continuaba mudo. Aquellos nobles ociosos, sin embargo, no se desanimaban, esperando que el tiempo triunfaría de aquella frialdad. Ninguno de ellos amó á la hermosa Annunziata con el apasionado entusiasmo de Miguel Steno, el más poderoso de todos, pues á pesar de su edad, formaba parte del consejo de los Cuarenta, y su empleo le enorgullecía, haciéndole concebir muchas esperanzas. Marino Faliero no se mostraba celoso, y aun después de su casamiento parecía haber perdido algo de su rudeza y austeridad de otra época. Veíasele á menudo sentado junto á su joven esposa, que lucía sus más ricas galas; la sonrisa vagaba siempre en sus labios, sus palabras eran afales, y concedía con singular facilidad cuantas gracias le pedían. Aquel anciano sin fuerza no se parecía ya al vencedor de Morbassan, que en un acceso de cólera no temió dar un bofetón al obispo de Trevisa; y este súbito cambio de carácter favorecía los proyectos de Miguel Steno. Annunziata no se explicaba el objeto de las galanterías del joven y brillante señor, y manteníase fría é impassible; mas Steno, desesperando al fin del buen éxito de su intriga por los medios ordinarios, resolvió asegurar la victoria apelando á los más culpa-

bles artificios: corrompió á fuerza de oro á una camarista que no se separaba nunca de la hermosa joven, y obtuvo una llave de las habitaciones secretas de Annunziata; pero Dios velaba por ella.

Cierta noche el Dux recibió un parte anunciándole que Nicolo Pisani había sufrido una derrota cerca de Portolongo batiéndose contra Doria: Marino Faliero, presa de la mayor inquietud, paseábase tristemente sin poder conciliar el sueño, cuando de pronto divisó una sombra que se deslizaba por la parte del palacio donde su esposa habitaba: era Miguel Steno que salía furtivamente de la habitación de Annunziata. Una idea horrible cruzó por la mente del Dux, y sin vacilar precipitóse contra el joven caballero, armada la diestra con un puñal; pero Steno, más fuerte y ágil que el anciano, derribóle en tierra y desapareció en la sombra. El Dux se dirigió rápidamente á la habitación de Annunziata: todo estaba tranquilo y silencioso como una tumba; llama con fuerza, le abren al punto, y Faliero ve á una persona extraña, una mujer que no estaba al servicio particular de su esposa.

—¿Qué viene á mandarme mi señor á estas horas?
—preguntó Annunziata despertándose.

En aquella voz no hay la menor emoción; el Dux se acerca á la joven, y levantando las manos al cielo, exclama:

—¡No, no, es imposible!

—¿Qué queréis decir? ¿Qué significa esta agitación?
—exclama Annunziata, á quien aquellas palabras hacen temblar.

—¿Quién os ha dado orden de venir aquí, y por qué no se halla Luisa en su puesto?—pregunta el Dux á la camarista, sin responder á su esposa.

—Monseñor—contesta la joven—Luisa me rogó que ocupase su lugar esta noche, y ahora debe estar en la habitación contigua á la escalera.

—¿Junto á la escalera?— exclama el Dux con alegría.

Y con rápido paso dirígese á la estancia que le indican.

Al oír repetidos golpes en su puerta, Luisa no puede menos de abrir, cae de rodillas á los pies de Marino Faliero y confiesa su falta, la cual le es además imposible negar, porque sobre la mesa hay un par de guantes de hombre perfumados, y con cifra de Miguel Steno. El Dux, contrariado al ver comprometida su gravedad por sus inútiles celos, escribió al imprudente patricio, prohibiéndole bajo pena de destierro que se presentase en el palacio ducal, ni siquiera en sus alrededores.

Miguel Steno, al verse descubierto, no pudo dudar que había caído en desgracia, y jurando vengarse terriblemente, comenzó por hacer circular rumores injuriosos sobre la virtud de Annunziata. Estas calumnias llegaron muy pronto á oídos de Marino Faliero, y su impotencia para castigar al miserable que manchaba en la sombra el honor de su corona, el pesar que le producía su crítica posición ante el pueblo, siempre dispuesto á ridiculizarlo todo, y por último, los celos, agriaron su carácter. Muy pronto relegó á su joven esposa á las habitaciones más retiradas de palacio, rodeóla de espías y de vigilantes, y la prohibió toda comunicación con lo exterior. Noticioso Bodoeri de aquellas rigurosas medidas, trató de atraer al Dux á sentimientos más humanos; pero Marino Faliero se mostró insensible.

Sin embargo la época del carnaval se aproximaba. Desde tiempo inmemorial es costumbre que el Dux y su esposa vayan á presidir las fiestas populares y las diversiones de la multitud; Bodoeri quiso aprovecharse de esta circunstancia, y representó á Marino Faliero el ridículo que sobre él recaería si sus insensatos

celos privaban á Venecia de la presencia de su joven soberana.

—¡Cómo!— contestó gravemente el Dux—¿pensáis por ventura que me haya reducido á ocultar á mi esposa y que no pueda, cuando me plazca, defenderla con mi antiguo acero? Desde mañana la presentaré en público en la plaza de San Marcos; quiero que toda Venecia salude con aplausos á su bella soberana; quiero que Annunziata reciba por sí misma el ramo del intrépido marinero que debe lanzarse hacia ella desde las alturas, en medio de la fiesta del jueves lardero.

El Dux se refería á una antigua costumbre nacional: en dicho día, el más audaz de los hijos del pueblo se introduce en una especie de esquife sostenido de un cable; una extremidad de éste se sujeta en el campanario de San Marcos, y la otra sumérgese en el mar; el hombre se desliza desde aquella altura como una flecha hasta la plaza, donde están sentados el Dux y su esposa, y ofrece á esta última un magnífico ramo de flores.

Al día siguiente, Marino Faliero quiso cumplir la promesa que había hecho á Bodoeri, y el cortejo del soberano se dirigió con gran pompa á la plaza de San Marcos, pasando entre una multitud inmensa. Los chuscos de la ciudad aguzaron su ingenio para hacer mil alusiones picantes sobre los ilustres esposos; y hasta los cortesanos se permitieron la crítica; pero el Dux cerró los oídos á todo y supo mantenerse impasible.

En el momento en que Annunziata franqueaba la puerta del palacio, un joven que estaba en pie, apoyado contra una columna, profirió un grito y cayó desmayado en tierra; la multitud le rodeó presurosa, y la esposa del Dux no pudo verle, pero aquel grito había atravesado su corazón como un hierro candente, tanto, que palideció y estuvo á punto de caer también.

El Dux frunció el entrecejo, y rehusando el auxilio que se quería prodigar á su joven esposa, llevóla en brazos hasta sus habitaciones.

Á las puertas del palacio ocurrió otra escena: algunos hombres del pueblo se disponían á transportar al joven que parecía muerto, cuando una anciana, abriéndose paso á duras penas entre los grupos de curiosos, llegó hasta cerca de él.

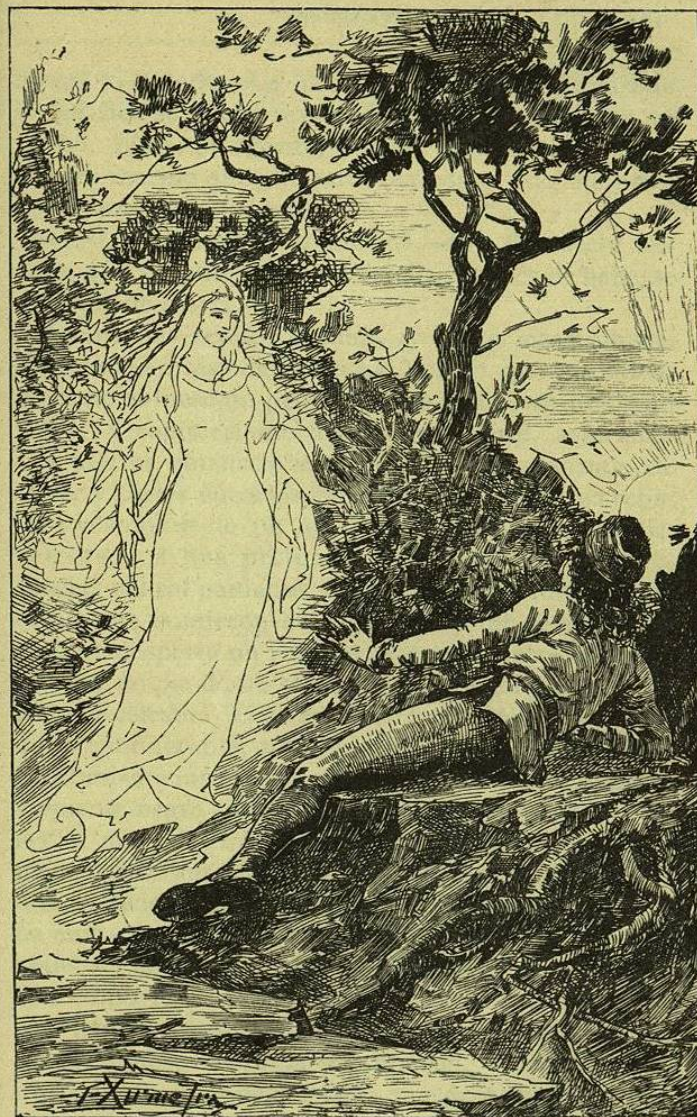
—¡Dios mío!—exclamó—¡dejad á ese joven; os digo que le dejéis, pues no está muerto!

Y arrodillándose á su lado, atrájole hacia sí y comenzó á friccionarle, pronunciando las palabras más cariñosas. Los que contemplaban aquella escena no podían menos de experimentar un sentimiento de repugnancia ante aquella anciana decrepita y asquerosa, inclinada con la mayor solicitud sobre el pálido semblante del gallardo joven; al ver sus andrajos en contacto con el rico traje del desconocido, y sus brazos de esqueleto, lívidos, huesosos y llenos de cicatrices tocando el pecho y la frente del mancebo, notables por su blancura, hubiérase dicho que la muerte en persona había venido para apoderarse de su presa.

Cuando el joven entreabrió los ojos, algunas personas ayudaron á transportarle á una góndola; la anciana tomó asiento á su lado y ordenó á los remeros que se dirigieran hacia la morada de Antonio (pues el lector habrá reconocido ya á nuestro héroe), y la anciana no era otra que la mendiga del atrio de los franciscanos.

Cuando Antonio recobró los sentidos, vió al pie de su lecho á la anciana Margarita, que acababa de verter en sus labios algunas gotas de un elíxir precioso; fijó en ella una triste mirada, y murmuró al fin con voz lenta y balbuciente:

—¡Gracias, Margarita; gracias, fiel amiga! Por tu abnegación comprendo que me has dicho la verdad.



ANNUNZIATA

Ahora lo sé todo. ¡La he visto! ¡Era ella! El pasado de mi vida se me ha revelado de pronto como en un sueño. Dime, Margarita, ¿no es Bertuccio Nenolo el célebre marino que me educaba como hijo adoptivo en su quinta de Trevisa?

—¡Sí, sí!—contestó la anciana.—Era Bertuccio Nenolo, que sucumbió en una batalla después de haberse cubierto de gloria.

—Escucha—replicó Antonio—y no me interrumpas. Yo estaba en casa de Bertuccio Nenolo, que me cuidaba como si fuese mi padre; detrás de la casa había un pinar, y complaciame mucho recorrerle, aspirando sus fuertes emanaciones. Cierta noche, cansado de saltar y correr entre los floridos brezos, me había echado á la sombra de un árbol corpulento, y admiraba, entregado á una profunda meditación, las magnificencias del sol poniente. Poco á poco, los fuertes perfumes me sumieron en una especie de letargo, del que me despertó un ruido que se oía entre la yerba; púseme en pie de un salto, y ví un ángel que me dijo con voz celestial: «¡Pobre joven! duermes muy tranquilo é indiferente, cuando la muerte está á tu lado!» En el mismo instante llamóme la atención una pequeña serpiente negra cuya cabeza acababa de aplastar el celestial mensajero con una rama de nogal. Entonces me arrodillé ante el ángel, que sonreía siempre, y le dije: «¡Bendito seas tú, espíritu del cielo, á quien Dios ha enviado para salvarme!»—«No, pobre niño—replicó aquel sér adorable—yo no soy un ángel, sino una joven como tú.» Al oír estas palabras mi respeto se convirtió en emoción; un fuego secreto enardeció mi sangre; nuestros brazos se abrieron, y en la embriaguez de un prolongado beso nuestras almas se mezclaron en medio de lágrimas y suspiros; pero de repente resonó en el bosque una voz argentina que gritaba: «¡Annunziata, Annunziata!» «Es preciso que